



XII CATEDRA HANS DENCK IGLESIA, PALABRA Y PROCLAMACIÓN EN UNA SOCIEDAD CAMBIANTE

**25-27 de febrero 2009
Guatemala, Guatemala**

**PALABRA, FE Y CELEBRACIÓN EN CONTEXTOS CAMBIANTES
Hugo Zorrilla C.**

Introducción

Nos corresponde hacer ciertas matizaciones en torno al título de esta ponencia. Esto nos servirá como punto de aclaración para explicar mejor cómo se entienden los contenidos que aquí se van a exponer.

A simple vista los tres términos del título «palabra», «fe» y «celebración» nos pueden dar la idea de que son independientes sin ninguna conexión temática, eclesial y teológica entre sí, como si fueran tres cosas diferentes en una misma bolsa, sin tocarse ni afectarse mutuamente. Pero es muy evidente desde nuestras vivencias cristianas que esas tres palabras guardan una relación muy estrecha y complementaria de tal manera que la una no puede existir sin la otra, o que una es efecto de las otras dos y a su vez causa de las otras. Así como los colores básicos (amarillo, azul y rojo) que no se forman por la combinación de otros colores. Cada uno de estos colores es lo que es, pero sí le permiten al pintor combinarlos para crear una gran gama de otros colores. De igual manera, a nosotros nos corresponde estudiar combinaciones posibles entre sí de «palabra», «fe» y «celebración» no como realidades aisladas sino inmersas en nuestro contexto eclesial y en una sociedad cambiante, inestable, volátil y de muchas maneras hostil al mensaje de la cruz.

Además, organizamos esta ponencia pensando en las realidades históricas que nos tocan vivir. Esas realidades son los contextos sociopolíticos que nos afectan y que viven en constante cambio. Es ese contexto amplio de la globalización en el mundo de culturas uniformadas por el consumo, pero que aquí se reduce a los contextos inmediatos y cercanos de nuestros pueblos donde están inmersas nuestras congregaciones. Por otra parte, reconocemos que nuestros contextos inmediatos viven en constante cambio por fenómenos internos y externos en los cuales no somos agentes activos o no tenemos mucha influencia. De todas maneras no todo cambio es malo o perjudicial a nuestra fe y a nuestro ministerio. El cambio es bueno y deseable. El texto bíblico nos enseña que hay que cambiar. La metáfora del camino en sí arroja luz sobre la necesidad de cambiar. El arrepentimiento es cambio, el volver a Dios es cambio. No hay nada positivo en el quedarnos estancados, inmóviles, petrificados. Sin embargo, podemos discutir ampliamente acerca de los cambios que nos afectan negativamente, o en qué medida la iglesia se ve afectada por cambios que inciden directamente en la forma de entender el texto bíblico, vivir la fe y celebrar el culto debido a Dios.

Para ubicar mejor la temática propuesta, a cada término le hemos añadido una oración explicativa que sirve para encarrilar de qué va el asunto: (1°) Palabra que es historia, (2°) fe que es obediente y (3°) celebración que es memoria.

I. Palabra que es historia.

Cuando decimos «la palabra» o «la palabra de Dios» ¿qué queremos decir? ¿a qué nos referimos? Fácilmente podemos responder diciendo que nos referimos a la Biblia. Pero, sin embargo, la respuesta no es tan sencilla ni tan fácil como parece. De hecho nos plantea otras preguntas: ¿es la palabra escrita? o ¿es la palabra hablada?; ¿es Dios que nos habla hoy desde el pasado? o ¿es Dios que nos sigue hablando en nuestro presente?. Aún más, ¿cómo sabemos que Dios nos habla en la Biblia? ¿qué autoridad tiene la Biblia para nuestra fe? ¿cuál es el lugar de la Biblia en nuestra iglesia? Y quedan revoloteando muchas otras preguntas. Las que ya se han expresado son suficientes para indicarnos la seriedad con que se debe tomar la Biblia. Ella está compuesta de textos en hebreo, arameo y griego: palabra de Dios en lenguajes humanos. Esta realidad concreta nos lleva, por una parte, a reconocer que el texto bíblico es literatura antigua que cubre tres milenios; que es literatura oriental, lejana a nosotros, por cuanto ni Isaías, ni Nehemías, ni Pablo, como ejemplos, fueron contemporáneos que vivieron en los mismos lugares ni tampoco escribieron en el mismo idioma. Esto nos acerca, en segundo lugar, a dejar establecido de entrada que la palabra de Dios como escritura codificada en idiomas humanos necesita de nuestra parte un esfuerzo serio para entenderla; que como texto escrito tiene lenguaje narrativo y figurado, prosa, poesía, a los cuales hay que analizarles su gramaticalidad como cualquier otro texto escrito. Máxime si las Biblias que conocemos y leemos son traducciones, porque los profetas, los apóstoles e incluso Jesús no hablaron en los idiomas occidentales de hoy. Por eso es indispensable la vía de la fe y el estudio serio con la fuerza inspiradora del Espíritu de Dios.

Cuando las comunidades cristianas hablan de la palabra de Dios, expresan, si se quiere, un credo de fe. Aceptan que la Biblia es el compendio de las escrituras sagradas que tienen autoridad divina en asuntos de fe, obediencia, celebración, exhortación y discipulado; que esas mismas escrituras han llegado hasta nosotros bajo la autoría del Espíritu de Dios para anunciar plena salvación a toda persona y denunciar toda injusticia que deshumaniza.

Por consiguiente, se establecen tres axiomas fundamentales cuando se habla de la Biblia como palabra de Dios: gracias a la Biblia existe la Iglesia, gracias a la Iglesia existe la Biblia y la Biblia hay que estudiarla con atención porque Dios nos habla. Por supuesto, estos tres axiomas están coyuntados por la fe obediente y la celebración en la memoria del pueblo creyente.

En los comienzos de la historia hebrea Dios se identifica con la palabra. El atributo histórico de Dios es hablar y sus palabras se escuchan y obedecen al mismo tiempo. Escuchar y obedecer tienen el mismo sentido. Hoy los hemos separado cómodamente. El pueblo hebreo presenta al mundo, y en esto se distingue de las demás culturas antiguas, a Dios invisible pero que se comunica con los seres humanos por medio de palabras o lenguaje humano. Dios es palabra. Él es lo que dice. No hay tiempo ni espacio entre lo que Dios habla y lo que sucede.

Dabar (דָּבָר) es una palabra hebrea para «decir» o «hablar» que significaba también «lo hablado», como «la palabra». No existía separación entre lo hablado y el que hablaba.¹ Por eso Dios es palabra. Y al decir «la palabra» se le estaba indicando a Dios, su pensamiento y su voluntad. La creación y todo lo visible existe por la palabra. Cuando él habló todo fue creado. La palabra creó los cielos y todo se afirmó. Desde muy antiguo el pueblo consideró la palabra como personificación de Yahvé. Ella es su mensajera, como la delegada que es enviada con una misión y no regresa con las manos vacías (Sal. 107:20; 147:150; Is. 55:11). Está cerca y es para obedecerla (Deut. 30:14). En el Antiguo Testamento, y sobre todo en Salmos hay una teología existencial, vibrante de la palabra y sus acciones. La palabra de Dios como Dios mismo era una realidad en el pueblo que atemorizaba y por lo cual había que guardar cierta distancia para no perecer.

A medida que el pueblo avanza en su peregrinaje con Dios, en este período de manera oral, sienten la necesidad humana de codificar esas palabras para recordarlas y pasarlas a otras generaciones, no solo como legado divino, sino como señal concreta de que Yahvé iba con ellos, por cuanto no podían hacer imagen de Dios.

¹ Jenni, E. y Westermann, C., *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1978, vol. I, cols. 614 ss.

No hay duda que hubo un gran paso, un enorme y árido desierto entre el pueblo con tradición oral y el pueblo con tradición escrita. Los caminantes del desierto sintieron la necesidad de poner por escrito la palabra de Dios. Algo revolucionario para la mentalidad de su tiempo. Es el primer gran paso para considerarse «el pueblo del libro». El salto hermenéutico que da Moisés al poner por escrito lo que Dios le había dicho (Ex. 24:4) marca para siempre al pueblo elegido. Algo que no se había visto, ni se verá en ninguna otra religión es que Dios mismo escribió con su dedo en lenguaje humano, en este caso hebreo. Más tarde Moisés labra las tablas de piedra donde Dios vuelve a escribir todo lo concerniente a la Ley (Ex. 31:18; 34:1). Es decir, que de ahora en adelante el pueblo tendría la palabra de Dios codificada en su propio idioma. A partir de aquí las personas entraba en un nuevo juego de comprensión que implicaba un proceso de interpretación, una tarea de estudio sobre todo para las futuras generaciones que no habían vivido las experiencias del desierto.

La tesis sostenida por algunos biblistas europeos de que la tradición oral duró unos mil años, y que todo lo que conocemos como el Antiguo Testamento se comenzó a escribir solo en el exilio bajo el imperio persa, no toma con seriedad los descubrimientos arqueológicos y las evidencias internas de la Biblia. La mayoría de biblistas aceptan que la codificación de las tradiciones orales del Israel bíblico en textos y rollos se inició siglos antes de la destrucción de Jerusalén en el año 586 a. C.² Se evidencia la brevedad cronológica entre el discurso de los profetas y la puesta por escrito de los mismos. Isaías, en una tablilla y con un estilete escribe lo que Dios le revelaba (Is. 8:1). Pasemos a otro detalle. Al profeta Habacuc Dios le pide que escriba en tablillas la visión que él le da como respuesta a sus preguntas «para que pueda leerse de corrido» (Hab. 2:2). Más tarde, antes de la destrucción de Jerusalén por Babilonia, el profeta Jeremías obedeciendo a Dios escribe en un libro «todas las palabras» que Dios le había dicho (30:2). Más adelante el Señor le anima a escribir en un rollo todo lo que Dios le había revelado desde los comienzos. Entonces el profeta llama a Baruc quien le sirve de secretario al escribir lo que Jeremías le dicta (36:1ss.).

El proceso de escritura de la palabra de Yahvé también la vive el profeta Ezequiel. Éste describe su vocación de manera singular cuando está a la orilla del río Quebar en el exilio. Dios le da un rollo con las profecías. Le dice que se lo coma antes de ir a hablar a los israelitas. Ezequiel lo come y le sabe «tan dulce como la miel». Dios anima al profeta de dos maneras: en primer lugar, con el gesto dulce de la palabra codificada. Este gesto lo entendían los rabinos en tiempo de Jesús como figura de la seriedad con que se debía estudiar la palabra de Dios. Era un símbolo para digerir, apropiarse, encarnar o asimilar la palabra de Dios, estudiarla con rigor. Diríamos que era algo así como encarnar, entender, meter entre carne y hueso los dichos de Yahvé. Precisamente, es el sentir en el evangelio cuando Jesús habla del maná del cielo, del pan de vida que hay que masticar si se quiere escuchar (obedecer) al Padre y aprender de él (Jn. 6:45-51; cf. Ap. 10:9-11).

En segundo lugar, Dios le anima a Ezequiel casi diciéndole que no tendrá un trabajo difícil desde el punto de vista hermenéutico; que su tarea de interpretar el mensaje divino no va a ser tan difícil. El problema de interpretación del mensaje profético por parte del pueblo de Israel no es lingüístico sino un problema de voluntad para escuchar, o sea, de obedecer:

Hijo de hombre, ve a la nación de Israel y proclámale mis palabras. No te envío a un pueblo de lenguaje complicado y difícil de entender, sino a la nación de Israel. No te mando a naciones numerosas de lenguaje complicado, y difícil de entender, aunque si te hubiera mandado a ellas seguramente te escucharían. Pero el pueblo de Israel no va a escucharte porque no quieren obedecerme (Ez. 2:4-7).

Ahora bien, el mensaje profético está autenticado por la presencia irresistible del Espíritu de Dios que los envuelve, los sobrecoge y los posee. Los profetas hablan en nombre de Dios y acuñan expresiones como «la palabra de Yahvé» o «así dice el Señor». Cuando ellos reciben la vocación profética se sienten llenos, invadidos por el Espíritu de Dios con un mensaje que es palabra divina y fuego abrasador que consume, pero también genera fe obediente de manera irresistible. Por el contrario, la palabra de los profetas desobedientes y desleales no viene de Dios. Estos mensajeros no tienen visión, no tienen palabra de Dios. Por eso para Israel es aterrador el «silencio de Dios», pues cuando Dios no habla no hay mensaje vivificador, sino calamidades y juicio.

² Haag, Herbert, “La palabra de Dios se hace libro en la Sagrada Escritura”, en *Misterium Salutis: manual de teología como historia de la salvación*, Madrid, Cristiandad, 1981, vol. I, pp. 410ss.

Efectivamente, la palabra tenía que ser atesorada en la vida personal y en la vida cúllica. La meditación es central para conocer la voluntad de Dios, para reconocer su gloria y poder y así vivir en la comunidad fiel. Los salmistas insisten en esta realidad donde acordarse, recordar y meditar tienen el sentido de leer suavemente o murmurando, como el murmullo de la paloma o el rezongo del tigre (□□□□ = hagah), algo así como saboreando la palabra o gravándola en el corazón (Dt. 6:6-9; Pr. 6:20-22; Sal. 119:97-104). Aún más, es darse cuenta, comprender el sentido primigenio del texto bíblico, enterarse, prestar atención que se comprueba cómo se vive su mensaje en la comunidad y en el culto. Es la forma más inmediata y honesta de estudiar, interpretar los dichos del Señor.

Es interesante comprobar que la traducción del Antiguo Testamento en griego (la Septuaginta o LXX) usa para «meditar» o «meditación» términos que significan «estudiar», «cultivar» y «cuidar» (μελεταω = meletáo). Muy lejos de lo que algunas personas creen que es la meditación. Ellas creen que meditar es imaginar, alienarse con escapismos. Vemos pues que la fe de la persona creyente se decanta como placer obediente en la vida diaria y en el culto en tanto se vincula por la gracia divina a las demás personas. No se medita en la palabra como un acto alienante, intimista o privado, sino como un acto solidario porque ella tiene una carga de salvación dentro del pueblo fiel.

Un ejemplo que impresiona de ese amor a la palabra y a la necesidad de entenderla es después del exilio. En Neh. 8:1ss. leemos cómo el pueblo que ha regresado y se ha establecido en las ciudades se encuentra reunido «como una sola persona». Esdras comenzó a leer el libro de la ley mientras trece levitas estratégicamente distribuidos entre el pueblo comenzaron a interpretar, explicar o traducir la lectura de Esdras de manera que comprendieran lo que se leía. Dice el texto que «al oír las palabras de la ley, la gente comenzó a llorar». Sí, comenzaron a llorar y es porque entendieron la interpretación de los levitas. La gente que había regresado del exilio era otro pueblo con un contexto babilonio y herencia judía. Hablaban un idioma diferente a sus padres. Su mundo había cambiado totalmente y lo que les quedaba en hebreo clásico era la palabra de Dios. En efecto, desde el período persa, al cual Nehemías alude, hasta la venida de Cristo se van a desarrollar escuelas rabínicas de interpretación del texto bíblico. Con ello se puso mucho cuidado en la preservación e interpretación de la palabra escrita. Sobre todo es significativa la gran producción poética y de sabiduría como expresión de amor y entendimiento de la palabra, máxime en las celebraciones y actividades cúllicas del pueblo. De ahí que el texto bíblico o, como se conoce en el mundo griego, la Escritura, juega un papel central e insustituible en el culto y alabanza a Yahvé. Con el exilio, la destrucción del templo y el silencio de la voz profética las Escrituras toman un lugar de preponderancia en el pueblo creyente.

Para los primeros cristianos estas Escrituras (ταϑ γραφαϑ = taís grafáis) seguían teniendo el peso de palabra de Dios. Pero ahora con la venida mesiánica de Jesús, ellas no solo arrojaban luz sobre el cumplimiento de las promesas mesiánicas, sino que abrían un nuevo camino de estudio y comprensión e interpretación del texto bíblico. En otras palabras esas Escrituras había que estudiarlas, no eludirlas ni aludirlas; había que interpretarlas y no imaginarlas, obedecerlas y no manipularlas.

Cuatro textos neotestamentarios sirven para entender ese paso radical de unas escrituras en hebreo a unas escrituras en griego vulgar y que es el vehículo para la extensión del evangelio en el primer siglo:

- a. Ya que otros, con mucho empeño han intentado poner en estilo narrado todo lo que entre nosotros se ha recibido como cumplimiento, tal como fue traído hasta nosotros desde un comienzo por aquellos que lo vieron y fueron servidores de la palabra, me pareció también a mí, muy estimado Teófilo, una vez que hube investigado todas estas cosas desde sus fuentes con gran dedicación, escribírtelas ordenadamente para que estés convencido de las enseñanzas en las que has sido instruido (Lc. 1:1-4).³

Para Lucas, y con él todos los escritores bíblicos, la redacción, la inspiración y la revelación del texto bíblico no es algo automático, alejado de los contextos reales y específicos de cada escritor. Lucas reconoce el esfuerzo humano en presentar una obra literaria. Los hechos históricos en cuanto a Jesús los pone en un orden histórico, como un relato que sigue un plan teológico para la instrucción de los creyentes.

³ Mi traducción.

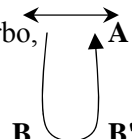

b. En el pasado en diferentes épocas y de muchas maneras Dios habló a nuestros antepasados por medio de los profetas, pero en estos últimos tiempos que ya han comenzado nos ha hablado por medio de su Hijo (Heb. 1:1, 2a).⁴

Son otros tiempos, se impone otra hermenéutica en otro idioma y bajo otro imperio. En realidad el mundo ha cambiado. La epístola comienza como el evangelio de Juan y como Génesis: con Dios, autor y protector de su palabra creadora y reveladora de su gracia, y que ahora se revela de nuevo. Esta vez, al final de la historia, en su Hijo.

Son los tiempos escatológicos iniciados por Jesús. Él para las comunidades neotestamentarias es el *Λογος*, el Verbo de Dios. El *lógos* de Dios es un término que los primeros cristianos acuñaron para Dios encarnado. Es el *dabar* del pacto veterotestamentario, pero que igualmente exige estudio, comprensión y fe obediente.

c. En el principio de la historia ya existía el Verbo que estaba con Dios, y él mismo era Dios (Jn. 1:2).⁵

Los primeros cinco versículos de Juan son un himno que nos hace pensar en Génesis 1:1. Aquí se da el origen, la creación de una nueva comunidad por la palabra que es el *lógos* de Dios. La preexistencia de Dios como *lógos* o *dabar* es un avance en la comprensión de la revelación en la historia humana. Los versículos 1 y 2 se estructuran como un himno en forma circular, con un vocabulario sencillo y reducido:

En el principio ya existía el Verbo,  **A** Él estaba en el principio con Dios.
y el Verbo estaba con Dios, **B**  **B'** y el Verbo era Dios.

Pero el evangelista retoma la idea de ese Verbo que se hace historia al continuar el prólogo del evangelio (1:1-18). Todo el prólogo es circular en donde el centro es el v. 14. Éste es central para entender todo el ministerio de Jesús. De hecho el prólogo es como un evangelio abreviado, en donde el Verbo desciende, irrumpe en la historia humana, para ascender a la gloria del Padre.⁶ Así también Yahvé cuando se revela con la palabra liberadora para sacar a su pueblo de la esclavitud.

Para el evangelista el Verbo se mete en nuestra historia no como sonido o visión o espíritu volátil, sino «de carne y hueso» contra los cristianos que interpretaban que Jesús no podía tener cuerpo humano. Por consiguiente, este Verbo hecho carne viene a vivir, a hacer su morada entre los seres humanos de forma humilde, sin poderes bélicos ni ostentaciones. Surge como uno mayor que Moisés. Jesús se «tabernaculizó» que es el verbo que se usa para «habitar». La idea es que él instala su tienda de peregrino, su enramada con todo lo precario, para sacar a su pueblo a un nuevo éxodo. Ese pueblo le tiene que seguir con una fe creadora de vida. Cuando él dice «¡sígueme!» exige obediencia. Y saca a su pueblo creyente a un nuevo peregrinaje. Jesús aplica una hermenéutica diferente a la de los que dirigen el templo, y camina entre las personas más necesitadas de vida segurándoles que sus palabras son la verdad que las hará libres.

Venimos a estar con Jesús por una confianza fiel y nos movemos con él por obediencia. La práctica de Jesús nos reta contra toda inmovilidad. Se plantea, entonces, otra forma de vida, otra manera de ser siervos y siervas de Dios. Su llamada plantea una manera de entender su mensaje desde su misma práctica en favor de los deshumanizados y despreciados como los samaritanos. Jesús se distancia de las estructuras culticoteológicas del templo. Desafía un ministerio instalado con privilegios, cómodo, alejado de lo precario, de lo inseguro, de lo inestable. Sabe que nuestra tentación, lo que nos gusta, es tener todo bien atornillado, asegurado, garantizado y sin mayor esfuerzo, algo así como una teología enlatada para el micróondas de la globalización.

⁴ Mi traducción.

⁵ Mi traducción.

⁶ Véase Zorrilla, Hugo y Chiquete, Daniel, *Evangelio de Juan*, Miami, Sociedades Bíblicas Unidas, pp. 16ss.

Jesús ofrece una ética del camino, un ministerio de aventura, provisionalidad, un ministerio en constante cambio creativo, nada definitivo. Seguir en el camino de Jesús no tiene muchas garantías de la vida cómoda. Cuando Jesús dice «¡sígueme!» o cuando dice a sus discípulos «vengan y vean» les ofrece la oportunidad de que descubran algo novedoso. No ofrece a sus discípulos el templo, la casa, ni siquiera la iglesia: ofrece el camino y él es el camino.

Cuando Jesús dice «¡sígueme!» tampoco ofrece ningún programa ministerial, ningún sistema de culto, ninguna declaración de fe fuera de «ama a Dios y al prójimo como a ti mismo», no presenta ningún salario, ningún presupuesto, ni siquiera seguridad de éxito. Por eso muchos que habían creído en él ya no le siguieron, y otros como Judas y Pedro le siguen desde lejos, y en la cruz quedan solamente las cuatro mujeres fieles y un discípulo. Jesús le ofrece a sus discípulos problemas y persecución. Porque seguir a Jesús con todas las exigencias es muchas veces no ser comprendido, ser perseguido y hasta morir (Jn. 16:31-33; 21:18-22).

d. Otro ejemplo de estudio interpretativo, de cómo entender la Biblia con seriedad, sinceridad y obediencia, lo encontramos en Lucas 24:27ss. Es una hermenéutica de camino, en el camino a Emaús:

Luego empezando por la ley de Moisés y siguiendo por todos los profetas, les interpretó a ellos todo lo que en las Escrituras se decía de él mismo.⁷

Con intención Lucas escoge un verbo viejo, intensivo y compuesto para interpretación: *diermhvneusen* (*dierméineusen*) de *εἰρμηύω* (*hermeineúo*) y este de Hermes, el mensajero de los dioses griegos, que así fue como la gente de Listra confundió a Pablo como Hermes (Hch. 14:12). Estos dos discípulos escucharon de labios de Jesús una interpretación como nunca. Jesús se describe, se explica, se encuentra a sí mismo en el Antiguo Testamento, cosa que muchos predicadores y pastores hoy no lo pueden encontrar, ni lo intentan porque eso demanda disciplina y estudio de las Escrituras. Una interpretación del camino, un estudio serio de la Biblia nos da resultados inesperados, insospechados e indiscutibles. El versículo 32 nos muestra como una buena interpretación enraizada en la Biblia y fundamentada igualmente en una fe de camino transforma corazones de piedra. Los discípulos reconocen cómo les iba ardiendo el corazón (el centro de la inteligencia, de la conciencia en la mentalidad hebrea) a medida de que Jesús les iba explicando las Escrituras. Una interpretación, con estudio meditado en la Biblia no apela solo a las emociones sino a la comprensión fiel y obediente de la comunidad.

d. Jesús y Pablo nos dejan exhortaciones de cómo tratar la Biblia, cómo estudiarla con rigor. En el evangelio Jesús recuerda a los líderes judíos que «escudriñan» (*erauáte* = *εἰραυάτε*), que «ustedes estudian» las Escrituras como una tarea colectiva, comunitaria, diligente, meditada, minuciosa, detallada porque ella es palabra de Dios y ustedes tienen la convicción de que ese estudio los guiará por el camino a la vida eterna (Jn. 5:39).

Pablo anima a Timoteo, su discípulo muy estimado, a que se esfuerce para presentarse ante Dios como un obrero sin tacha, exhibirse ante el altar del Señor en las celebraciones de la comunidad siendo siervo íntegro, que no tiene nada de qué avergonzarse. Esto en cuanto a la obediencia fiel en el ministerio. Pero luego, Pablo añade: «que vive interpretando rectamente la palabra de verdad» (2ª Tim. 2:15). Pablo una vez de expresar la manera como se debe estar ante Dios en la celebración, pasa a indicar cómo se aprueba al siervo o a la sierva en la iglesia: «cortando bien derecho esa palabra que es la verdad». El verbo en esta última oración es un participio presente que pierde mucho en la traducción al castellano: *οἰρθοῦντα* = *orthotoúnta* esta compuesto de *orthós* (recto) y *témno* (cortar). Es cortar derecho, sin desviaciones, sin distorsiones, estudiar, interpretar la palabra sin torcer el significado por intereses mesquinos, personales o eclesiales. Timoteo es aprobado como obrero si estudia diligentemente y sin prejuicios la palabra. El aspecto presente del participio indica no una vez, sino que siempre hay que estar cortando parejo si queremos ser siervas y siervos que pasan el examen ante el Señor.

II. La fe que es obediente.

La fe obediente es criterio para seguir en el camino, y ese seguir es el contexto cambiante desde donde entendemos el mensaje de Jesús. No es suficiente saber la Biblia. Es menester estudiarla. No basta con aludirla envuelta en nuestra jerga evangélica. Es indispensable la vía de la interpretación. El carácter divino y humano de la Biblia así lo exige. Por la fe la aceptamos como la palabra de Dios, por la práctica mostramos cómo la entendemos.

⁷ Mi traducción.

En el pensamiento veterotestamentario la fe en Yahvé muestra una actitud y no una concepción mental. Para el Israel bíblico creer en la palabra y en la presencia de Dios es una actitud de confianza, es estar tranquilo, vivir confiado. Este concepto está muy lejos de la comprensión nuestra de hoy donde fe se toma como una abstracción. Dicha confianza estaba ligada a las acciones de Dios en la historia de su pueblo y de cara a las divinidades de otros pueblos.

Esa confianza en Yahvé se perfilaba como genuina si iba unida a una auténtica y fiel obediencia. Esto es evidente sobre todo en los textos cúltricos o litúrgicos de los Salmos con fórmulas como «nosotros confiamos en Yahvé». Por eso es feliz aquel que pone su confianza (fe) en Dios. Esa confianza descansa en la fidelidad al pacto, en el hecho histórico de que Dios siempre está allí cercano como sostén y refugio.

En los momentos de calamidad surgen salmos de lamento que recuerdan a Dios sus hechos históricos. Por eso confiar en Yahvé incluye la esperanza de salvación:

Pero tú eres santo, tú eres rey,
¡tú eres la alabanza de Israel!
En ti confiaron nuestros padres,
confiaron y tú los libraste;
a ti clamaron y tú los salvaste;
se apoyaron en ti,
y no los defraudaste. Sal 22:3-5

La fe como confianza en el pueblo creyente se decanta como fidelidad, lealtad a Dios, servicio (adoración) a Dios frente a todas las divinidades. Cuando Abram sale de su parentela sin saber a dónde iba, obediente a la iniciativa histórica de Dios, se constituye en el padre de todos los creyentes (Gá. 3:7ss.). Según el deuteronomista la confianza en el Dios de Abram se recordaba en las celebraciones declarando ante Dios el credo: «Mi padre fue un arameo errante (próximo a desaparecer), y descendió a Egipto con poca gente» (Dt. 26:5). El Israel bíblico no olvidaba la acción soberana de Dios de hacer del pueblo una bendición para todas las naciones. La elección y el éxodo de Egipto se enmarcan en la acción salvadora de Dios en la historia. Todo por pura gracia. El deuteronomista pone esta relación Dios-pueblo en clave amorosa que implica fidelidad y confianza. Dicha relación es para el deuteronomista como la relación amorosa de una pareja.

Dt. 7:7 dice que Dios se «encariñó», «se enamoró» de los descendientes de Abraham, no porque eran la cultura más impresionante de su tiempo, no porque eran una gran y numerosa nación. Era «el más insignificante de todos los pueblos». No obstante, Dios «los amó» porque quería cumplir su pacto. De hecho, esta elección de un pueblo apartado para Dios conllevaba fidelidad y obediencia, así como también confianza porque los hechos históricos de Dios confirmaban fe en ese pacto. A su vez Dios exigía lealtad a ese pacto porque Yahvé es un Dios celoso. Esta postura es fundamental para definir en la historia el origen y la opción del pueblo por seguir a un solo Dios, lo cual reclamaba fidelidad en la manera como sus elegidos se relacionaban con el pacto de Yahvé.

Entonces, desde esta perspectiva el mensaje profético tiene sentido. Seguir en el camino exigía una nueva manera de servir a Dios, si se quiere, una nueva ética. Seguir en obediencia es pertenecer a quien se sigue. De eso es que habla Pedro en su epístola (1ª Pe. 2:9-12), donde la comunidad cristiana es nación santa, real sacerdocio, pueblo adquirido con un propósito definido: para ser bendición a otros.

Esa pertenencia funda una nueva relación entre Dios y el pueblo, la cual establece nuevas reglas de juego, nueva ética, en el caminar con Dios: yo seré su Dios y ustedes mi pueblo. Una relación de amor, «un romance» como nunca ha existido en ninguna otra divinidad; un pacto como amado y amante, como esposo y esposa. Precisamente se entiende con claridad, desde esta óptica, la razón, el porqué los profetas llamaron la deslealtad e infidelidad del pueblo al seguir a otros dioses, adulterio. Los profetas entendieron y llamaron a la apostasía, a la infidelidad, a la falta de fe, el irse detrás de otros dioses, el quebrantar el pacto, prostitución. La vida personal de Oseas y su relación con su esposa son un paradigma en sí de lo que Dios quería mostrar al pueblo por su deslealtad.

Jeremías proclama en Jerusalén la infidelidad de Israel con una nota bellamente triste, como una queja, un lamento o endecha de alguien, en este caso Dios, que sigue enamorado por su amada: «Recuerdo el afecto cariñoso de tu juventud, tu amor de novia, cuando me seguías detrás por el desierto, a través de tierras no cultivadas.» (Jer. 2:2)⁸. *Hesed* (ד, ש, ח) como devoción, afecto, bondad, y *a'jab* (ב; ה; ; ; א) amor, cariño marcan cómo el mensaje profético concibe la relación de Dios con el pueblo. Así se mide la profundidad de esa relación fiel.

Un siglo más tarde Ezequiel lanza su condena contra los cultos en Jerusalén. Todo el capítulo 16 es una denuncia feroz, con un lenguaje brutalmente fulminante contra la infidelidad y deslealtad del pueblo en las celebraciones idolátricas. El profeta usa la figura de una niña recién nacida. El día que nació la arrojaron «al campo como un objeto despreciable». Pero el Señor pasó, la recogió, la cuidó y la protegió mientras ella iba creciendo. «Me comprometí e hice alianza contigo, y fuiste mía.» (16:8). La niña creció, se hizo muchacha, se volvió mujer muy hermosa «y yo te adorné con mi esplendor». Todo lo que el Señor le había obsequiado por puro amor, todos los regalos los usó para hacerse altares idolátricos. Sus celebraciones fueron abominables, «y allí te prostituiste». Los hijos e hijas que había tenido en esta relación de amor fiel, ella los sacrificó a los ídolos.⁹ Detengámonos por un momento y preguntémosnos: ¿en qué hemos sido desleales a Dios? ¿cómo nuestras celebraciones reflejan nuestra fe, nuestra confianza en el Dios de la vida? ¿qué tan lejos está nuestro caminar de la senda de los ídolos de hoy que reclaman la sangre de nuestros hijos e hijas?

Desde un comienzo de su ministerio Jesús antepone al rechazo de los suyos (Jn. 1:11) una comunidad que él mismo hace suya (Jn. 13:1ss.). Él se adueña de ella, y se convierte en su Señor. A esta nueva comunidad él le ofrece una carpa, una tienda de peregrino para el camino, lejos de la vida ostentosa del templo. El creyente muestra su fe obediente viniendo a Jesús, encontrándose con él, siguiéndole. Seguir a Jesús establece una alianza absoluta con Dios que hace que la nueva comunidad creyente viva en fidelidad y amor sacrificial. Luego, seguir a Jesús no es solo estar cerca, ni siquiera mostrar un activismo desaforado, ni estar ocupado en mil y una cosas. No es solo estar con Jesús, sino también ir donde Jesús va. Así, la permanencia fiel y obediente en el camino con Jesús se convierte en dos opciones de comportamiento creyente: (1°) se convierte en lugar hermenéutico (*locus hermeneuticus*). En otras palabras, que el estar ubicados en el camino en obediencia al «¡tú sígueme!» en contextos de dolor, injusticia deshumanizantes, hace que ello nos sirva para entender mejor la Biblia y la tarea de ser bendición a otras personas desde nuestra precariedad humana. El lugar donde están subsistiendo las personas marginadas ilumina y refuerza la forma de entender y comunicar el mensaje del texto hablado y vivido. Por otra parte, (2°) ese caminar fiel se convierte en lugar de misión (*locus missionis*). Sirva de ejemplo la mujer de Samaria (Jn. 4:4ss.).

En Ap. 14:4, 5 se encuentra el único texto misionológico de este libro. Es el compromiso de una comunidad creyente, irreprochable, irreprensible, intachable. El contexto inmediato de este pasaje es una celebración escatológica, con nueva himnología en la presencia misma del Cordero. Aquí están los que han creído, los fieles que «continúan siguiendo al Cordero por dondequiera que va.» La palabra para «intachables», que tiene el significado de inmaculado, sin mancha, es la misma raíz para la palabra que identifica un tipo de incienso. Es en la tarea misionera, la tarea de ser testigos, de ser fieles bendiciendo a otros donde se prueba la verdadera fe creyente, donde irradia la lealtad confiada en Jesús que nos hizo su pueblo. También es donde se prueban los gestos históricos de Dios que dan sentido a nuestras celebraciones como memorias de nuestro ir a donde el Cordero va. Preguntémosnos: *Quo vadis Domini?* ¿A dónde vas Señor? Esta comunidad creyente de Ap.14 sigue al Cordero a donde él va. ¿Queremos estar allí donde Jesús quiere estar? ¿Estamos dispuestos a correr ese riesgo? ¿Dónde y cómo está Jesús hoy?

Se conoce una anécdota del célebre físico Albert Einstein. Cierta día el profesor Einstein viajaba en tren. El conductor llegó y le pidió el boleto. Einstein todo nervioso empezó a buscar en sus bolsillos. Como no lo encontraba, y al ver su ansiedad, el conductor le dijo: «No se preocupe doctor Einstein. Sabemos quién es usted. Estoy seguro que usted compró su boleto». El conductor continuó su trabajo. Más adelante él volvió a mirar hacia atrás y vio al profesor Einstein de rodillas buscando con sus manos debajo de su asiento. Entonces, el conductor regresó y le repitió: «Doctor Einstein, no se preocupe. Olvídese del boleto. Sabemos quién es usted».

⁸ Mi traducción.

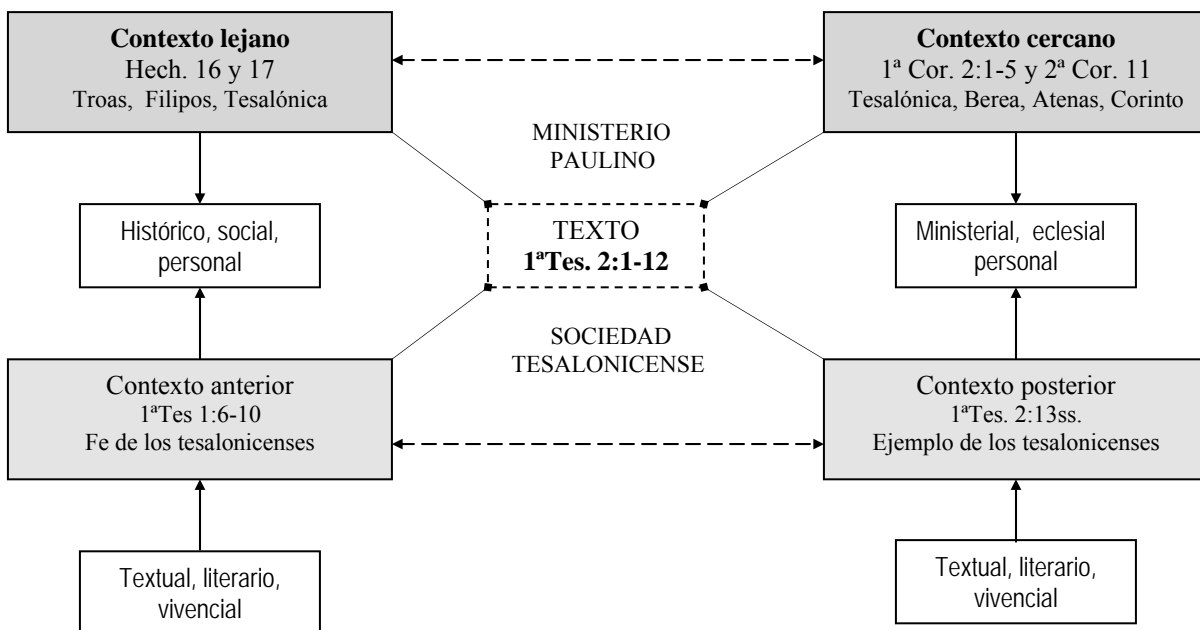
⁹ Véase el tono desilusionado del canto del amado por su viña en Is. 5:1-7, o la ternura de un padre adolorido por la rebeldía del hijo en Os. 11:1ss.

Como pudo Einstein se incorporó del suelo y le respondió al conductor: «Mire, señor, yo también sé quién soy. Mi problema es que yo no sé a dónde voy». Como cristianos estamos seguros de nuestra identidad creyente, e inclusive como anabautistas. No cuestionamos nuestra identidad, pero realmente ¿sabemos a dónde vamos? ¿tenemos bien claro a dónde nos lleva Jesús?

Existe el testimonio escrito del líder de una iglesia, que va camino a la tortura y consiguientemente a la muerte en el circo romano, durante la persecución de Trajano. Es la carta de Ignacio de Antioquía (año 107) que escribió a Policarpo, líder de la iglesia en Esmirna (hoy en Turquía) y que más tarde muere quemado en la persecución de Marco Aurelio. Muestra la constante lucha y la problemática de una fe acorde con las exigencias del evangelio que va contra corriente. He aquí la gran diferencia entre una fe abstracta, en el aire, carente de compromiso histórico, y una fe de obediencia radical en el seguimiento de Jesús con una práctica que es anuncio y denuncia. El mismo sendero por donde van muchos cristianos hoy en Irak, en Colombia, en Haití, en Sudán o en Zimbabue:

- 3.1 Que no te intimiden aquellos que se dan aires de credibilidad pero solo enseñan herejías. Pero tú sigue firme como un yunque golpeado por el martillo; es de gran atleta el sufrir hasta vencer. Pues, ¡cuánto más nosotros hemos de aguantarlo todo por Dios, para que él nos soporte también a nosotros!
- 3.2 Muestra más entusiasmo de lo que dejas ver. Date cuenta de los tiempos. Vela por el que está por encima del tiempo, el Intemporal, el Invisible que por nosotros se hizo visible, el Impalpable, el Impasible que por nosotros padeció, y que de muchas maneras sufrió por nosotros.
- 4.1 Las viudas no deben ser desatendidas. Después del Señor, tú eres el protector de ellas. Que no se haga nada sin tu consentimiento, ni tampoco hagas nada sin contar con Dios, como bien lo haces.
- 4.2 Sigue firme. Celébrense reuniones con más frecuencia. Busca a todos por su nombre.¹⁰

La experiencia del apóstol Pablo en Tesalónica nos enseña cómo debe ser nuestra fe sin tacha y comprometida y dispuesta a seguir con riesgos. Pablo está admirado de la fe de los tesalonicenses hasta el punto que reconoce «que ya no es necesario que digamos nada» (1ª Tes. 1:8). Es una fe que actúa, ejemplar y misionera, que los ha llevado a dejar los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. Luego, en el capítulo 2, el apóstol tiene que exponer la clase de servicio pastoral y misionero que realizó en esa ciudad, y cómo la congregación recibió su palabra, no como algo humano sino como palabra de Dios. Al mismo tiempo deja bien claro cómo fue su acercamiento a ellos como predicador de la palabra que resultó en fe obediente para los tesalonicenses. Pero, a modo de ejemplo, veamos el texto con sus contextos desde donde Pablo expresa su manera de entender su tarea pastoral.



¹⁰ Carta de Ignacio de Antioquía a Policarpo de Esmirna. Migne, Patrologia Graeca, V, mi traducción.

1. La proclamación paulina. vv. 1-6

Comportamiento en el ministerio, en la forma de la proclamación y el contenido de los mensajes que reflejan una proclamación contextualizada a partir del texto y un estilo de vida consecuente. Pablo reconoce que en Tesalónica conocen del quehacer del apóstol por experiencia, de modo relacional: «ustedes saben», vv. 1, 2, 5, 9.

- | | |
|------------------------|--|
| Elementos
negativos | a. <u>Su exhortación</u> - (paraklésis) - La consolación no les llegó de: v. 3 <ol style="list-style-type: none"> 1) Error o engaño, ni da vuelta o planea como los planetas, como los filósofos ambulantes, los charlatanes de falsos dioses. 2) De malas intenciones o inmoralidad, como predicadores itinerantes y vagos. 3) Dolo (engaño en un contrato) fraude, premeditación para estafar. |
| Elementos
positivos | b. <u>Su proclamación</u> (kérygma) es de : v. 4 <ol style="list-style-type: none"> 1) Hombres aprobados (que han pasado duras pruebas = juzgados dignos). 2) Encargado, confiado con el evangelio o «creído capaz» = Gá. 1:8ss. 3) Agradando a Dios, no a las personas. Dios prueba el corazón. 1 Cor. 1:26-2:5. |
| Elementos
negativos | c. <u>Su manera de hablar</u> (logía) no es de: vv.5, 6a <ol style="list-style-type: none"> 1) Adulación, zalamería, palabras lisonjeras (kolax=parásito). No siendo zalamero, servil, empalagoso, meloso. 2) Avaricia, arrogancia = egoísmo que busca que todo revierta en provecho personal, o mesquindad. 3) Ni gloria humana = reconocimiento, honores. Cf. 2 Cor. 11, 12: 16. No amante de los méritos y pompas. |

Detrás de esta apelación a los tesalonicenses descansa la convicción de que el mensaje y la vida personal no se pueden separar: eso es fidelidad, integridad, ser de una sola pieza, de hueso colorado, genuino, vertical, sólido. Un estilo de vida consecuente con lo que se predica. El amor a la iglesia es sacrificial sin clientelismos o favoritismos.

- a. La metáfora de la madre: amamanta, cuida a sus hijos: afecto, delicadeza, vv. 7, 8
- b. La metáfora del padre: trabaja, amina, consuela y no como un holgazán. vv. 9-12.

Ahora bien, la fe que emana de la Palabra de Dios es una fe vital, creadora de vida. Para los tesalonicenses dicha fe está asociada íntimamente a la noción de certeza, firmeza y confianza en medio de la prueba.

Luego de aquí se deduce que la fe que emana del texto bíblico es una fe activa, dinámica, relacional. No tiene que ver nada con una fe ciega, como se dice «la fe del carbonero». De hecho, no es insolidaria, irracional, ni mucho menos se relaciona con la tensión que el humanismo ha perpetuado entre fe y razón. Todo lo contrario, es una fe que razona, inteligente, racional, confidente, solidaria. No se opone a la mentira sino al caos, a la injusticia, a la nada. La fe bíblica es tal que empata la mente con el corazón. No es mito ni superstición. En otras palabras es una fe histórica, que se hace en la andadura con Jesús. Esto es muy acorde con la teología juanina donde la verdad se hace, no se dice, o sea que es una fe obediente. Una fe concebida como tal acepta la Biblia y la practica. Lo demás es pura religión desencarnada sin compromiso con las exigencias del reino de Dios.

La persona de fe es aquella que descansa en las promesas de la palabra de Dios de tal manera que siente el impulso divino para conocer más de esa palabra y para hacerla realidad en su propia vida. No hay duda que la fe obediente es también relacional. No maduramos en la fe aisladamente sino conectados a la familia de Dios, siendo el cuerpo de Cristo donde mora el Espíritu de Dios. De ahí que una fe relacional es confiable y así emana el anuncio con rigor en la práctica de una vida íntegra y sincera. Pero igualmente nos ayuda a abrirnos a otras personas que nos animan, confortan, desafían e inspiran en la formación de nuestra fe. Ahora bien, si la fe como confianza conlleva en sí anuncio, entonces nos toca reconocer ese grado de obediencia que exige la fe creyente, y esa responsabilidad fiel de estudiar, conocer, adentrarnos en el mundo de la Biblia para dar cuenta y razón de la esperanza que hay en

nosotros, en medio de un contexto hostil, cambiante y deshumanizante.

III. La celebración que es memoria.

Para la comunidad creyente todo acto de servicio, toda participación en la alabanza le recuerda algo específico de su andadura con el Señor. En la historia personal y comunitaria Dios es el actor principal. Pues, entonces, ¿cómo celebrar esa actuación de Dios hoy? ¿quién nos convoca como comunidad creyente? ¿qué hacer cuando ya estamos reunidos? ¿cómo debemos relacionar nuestras celebraciones con la palabra de Dios? ¿qué lugar ocupa nuestra fe obediente en la participación de las actividades cúllicas?

A la hora de buscar respuestas a estas preguntas nos corresponde dejar establecidas tres premisas necesarias: (1ª) Amerita una búsqueda de identidad histórica y teológica en las iglesias que por años han arrastrado un lastre de dependencia de otros contextos socioreligiosos. (2ª) Se exige un cambio de práctica, si se quiere, de sensibilidad misionera que vuelve a encontrar en el pueblo sencillo y explotado experiencias íntimas de espiritualidad alejadas del egoísmo y del consumo voraz. Y (3ª) Se impone, finalmente, una valoración crítica entre lo que son las fiestas para el Señor, y lo que es una religiosidad desencarnada, entre lo que es celebración como memoria de la acción de Dios y lo folclórico y pachanguero.

Aún más, la manifestación festiva o celebrante de la comunidad creyente descansa en la palabra de Dios que es historia, en la fe obediente de la comunidad sensible a los tiempos presentes llenos de injusticia, violencia y ambigüedades, pero abierta al futuro esperanzador en Cristo.

En medio del panteón egipcio y cananeo, y entre las numerosas ceremonias y cultos cíclicos, rituales mágicos, Yahvé se descubre como el único Dios invisible, santo y celoso. Un Dios que se hace cercano y familiar, Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Un Dios liberador que apuesta por un pueblo que no era pueblo, que echa su suerte con esclavos, pobres, explotados, huérfanos, mujeres solas, ancianos y ancianas abandonados. Se le presenta a Moisés como el Dios Yahvé, «el Yo soy el que está siendo». Defiende su derecho histórico de ser adorado y celebrado por la familia abramica. Por eso le dice al faraón «que dejes ir a mi hijo para que me rinda culto» (Ex. 4:23). Y Moisés no quiso salir solamente con los hombres. Tenían que ir también las mujeres con las familias. Todo el pueblo iba a celebrar a Yahvé.

El pueblo sale al encuentro de su Dios en el desierto. Entre Ex. 3:5 y Ex. 19:9 se nota una tensión teológica para comprender al «Santo» y «al que viene», al Dios que se manifiesta en Horeb y al Dios que va con su pueblo de día en una nube, de noche en una columna de fuego. Su Dios es peregrino y va con el pueblo en el camino. El Israel bíblico va sembrando su andadura de altares y celebraciones, pero no hace santuarios y nunca vuelve como en una romería al Sinaí. Las fiestas son su recordatorio de los hechos históricos con Yahvé en clave de futuro. Efectivamente, el pueblo no tenía que desandar lo ya caminado para volver a Horeb cíclicamente o periódicamente. Además, el monte no quedó como un lugar mítico o supersticioso. Por supuesto, si Dios iba con ellos, los israelitas seguramente se preguntaban: ¿dónde va Dios entre nosotros? ¿cómo saber que Dios está con nosotros? ¿permanece Dios con nosotros? ¿cómo asegurarnos de la presencia de Dios en nuestras fiestas? Si Dios no quería imágenes ¿cómo estar seguros que él sí está con nosotros? He allí el gran papel que juega la palabra de Dios, el pacto con el pueblo y la tienda portátil o tabernáculo de reunión. Yahvé nunca buscó tener un solo santuario, un único lugar de adoración o una sola manera de celebrar su presencia.¹¹ Si esto es cierto, vemos aquí ese rechazo a una religiosidad rutinaria, cómoda, oficializada e instalada en la cultura cananea.

A pesar de la gran tentación que el pueblo sentía por las ceremonias cúllicas de otros pueblos, sabía que cualquier manifestación de culto para Yahvé tenía que pasar incuestionablemente por la fidelidad al pacto y por expresar los recuerdos de los actos históricos de Dios. Él despierta en este pueblo peregrino no la vocación de un templo sino una memoria histórica de su peregrinaje y un sentido de santidad y fidelidad. Pues, era evidente que ni las grandes naciones tenían a sus divinidades tan cerca como Israel tenía a Yahvé, ni las grandes potencias con sus ostentosos santuarios tenían leyes justas como las dadas por medio de Moisés. Así las demás naciones podían decir:

¹¹ Zorrilla, Hugo, *Las fiestas de Yahvé*, Buenos Aires, La Aurora, pp. 20ss., 1988.

“En verdad, éste es un pueblo sabio e inteligente; ¡ésta es una gran nación!” ¿Qué otra nación hay tan grande como la nuestra? ¿Qué nación tiene dioses tan cerca de ella como lo está de nosotros el Señor nuestro Dios cada vez que lo invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande que tenga normas y preceptos tan justos, como toda esta ley que hoy les expongo? Dt.4:6-8

Se deduce fácilmente que las celebraciones entre los israelitas están marcadas por la cercanía de Dios y por la memoria de un pueblo que estuvo a punto de ser exterminado. Así que sus fiestas eran memorial, recordatorio de los hechos históricos de Dios en su medio. Todo esto va a cambiar radicalmente durante la monarquía con la consagración del templo de Jerusalén y todo lo que ello implicaba en la religiosidad oficialista de la casa de David. Podemos decir sin exageración que hay dos momentos diametralmente opuestos en la celebración cültica del Israel bíblico, antes y después del templo. Antes, Dios va con su pueblo y se da una relación íntima, de vocación familiar. Él también es peregrino. Es la teología del camino, es la celebración de una historia que se iba haciendo. Después, es la teología del templo con todos sus formalismos. La oficialidad del templo se erige como mediadora entre Dios y el pueblo. Las celebraciones son memorial del pasado liberador de Yahvé. De todos modos el pueblo tenía que santificarse para acercarse al santuario, pero en el texto bíblico no hay una intención explícita para promover un nacionalismo o ningún exclusivismo etnocéntrico,

Tiene que venir, entonces, el mensaje profético para corregir a esa oficialidad sacerdotal y a la corrupción del pueblo. Las fiestas en honor al Dios de la historia tenía que reflejarse en una práctica incondicional de amor al prójimo. En un servicio para los demás surgía el culto al Dios de la vida. El mensaje de los profetas da la impresión de que ellos estaban contra todo tipo de culto. Pensar así es equivocar la intencionalidad de sus protestas yahvistas. Lo que intentaban era que Israel y Judá practicaran en el diario vivir la palabra en favor de los menos favorecidos antes de ir a demostrar en la celebración su fidelidad a Dios. Esto está muy en tono con lo que Juan y Mateo dicen:

Si alguien que posee bienes materiales ve que su hermano está pasando necesidad, y no tiene compasión de él, ¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él? 1ªJn. 3:17

Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?” Entonces les diré claramente: “Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!” Mt. 7:22, 23

La radicalidad profética llega hasta buscar una nueva manera de celebrar a Dios en medio de explotaciones e injusticias. En Isaías 58 el profeta muestra cómo Dios rechaza una religiosidad hueca sin compromiso con el prójimo. Inclusive, rechaza los ayunos de los que le buscan «como si fuera una nación que practica la justicia». Dios les reclama que ellos ayunan, se reúnen para orar, pero a la vez explotan a sus obreros. Se lamentan y se cubren de ceniza, pero lo que Dios quiere es que rompan las cadenas de injusticia, poner en libertad a los cautivos, romper toda atadura, dar pan al hambriento, dar refugio a las personas sin techo, vestir al desnudo, ayudar al desvalido y no discriminar al prójimo. ¡Ese es el culto agradable al Señor! He aquí la sustancia, forma y fondo de un culto sincero, santo y agradable a Dios (Ro. 12:1).

Para los profetas, y muy cierto para Jesús que sigue esta línea de crítica a un culto falseado, toda celebración tenía que ser respaldada por la memoria histórica de los hechos de Dios en favor de los pobres, como lo atestiguaba su palabra escrita y por la conducta obediente de todos los participantes. En lugar de grandes pompas festivas, abundantes carneros sacrificados, incontables novillos cebados y el bullicio de las canciones, lo que Dios quiere recibir es justicia, amor, fidelidad para todas las personas que buscan su rostro. Amós, Oseas y Miqueas se hermanan también en este reclamo:

Oseas 6:6

Lo que pido de ustedes es amor y no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos

Amós 5:24

¡Pero que fluya el derecho como las aguas, y la justicia como arrollo inagotable!

Miqueas 6:8

¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: practicar la justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios.

La comunidad de creyentes, después de la resurrección del Señor recordó sus enseñanzas en cuanto a la verdadera adoración, y entendió sus argumentos y críticas contra los líderes religiosos de Jerusalén. Supo que la vida humana era más importante que guardar el día del sábado. En el evangelio de Juan, Jesús mismo se presenta como el sustituto de todas las fiestas de peregrinación en el templo de Jerusalén. Ya sabemos que él es la tienda del tabernáculo, es el maná del cielo, es el vino, es el agua, es la luz, es el camino, es el cordero pascual. Ni siquiera sube a las fiestas de peregrinación en Jerusalén (pascua, tabernáculos y pentecostés). En fin, Jesús introduce una manera nueva de celebración para su nuevo pueblo «los suyos» los que han venido a él y le siguen con todas las consecuencias.

Jesús le explica a la mujer de Samaria el nuevo culto y le define los nuevos adoradores del Padre (Jn. 4:21ss.). Ya no habrá ninguna celebración ni en el monte Gerezim, ni en el monte Sión, ni en Samaria ni en Jerusalén. Ahora los adoradores que Dios está buscando son los que le adorarán por el Espíritu y en verdad. Éstos son verdaderos, genuinos, como verdadero es el pan, como verdadera es la vid o el nuevo pueblo que acoge y vive la palabra del Padre. He aquí la verdadera celebración que es la celebración sin fronteras, sin favoritismos ni discriminaciones. Por su parte Santiago recuerda muy bien el verdadero culto. Llama a la congregación a practicar la palabra, perseverar en lo que han oído y a celebrar un culto puro y sin mancha, por cuanto ese culto es delante de Dios nuestro Padre. Ese culto verdadero es ayudar a los huérfanos y a las viudas, y conservarse limpios de toda la injusticia y corrupción que hay en el mundo (Sgt. 1:17). Es el culto verdadero que pone carne y hueso a una fe obediente.

Por cierto, para el apóstol Pablo, y con él para los primeros cristianos, sus celebraciones eran un recuento de su fe esperanzada en el Mesías, un recordatorio que había que vivirlo en comunión con todo el pueblo creyente. A los corintios los amonesta «porque sus reuniones traen más perjuicio que beneficio» (1^aCor. 11:17ss.). A esta iglesia la exhorta porque en sus celebraciones son egoístas, sectarios, discriminadores de los pobres, son glotones y borrachos. Les anima para que cuando se reúnan consideren a otras personas más necesitadas y para que al participar del pan y de la copa recuerden la obra redentora del Señor, porque toda celebración la hacen «en memoria del Señor» hasta su regreso (1^aCor. 11:23ss.).

El pueblo creyente se reúne para adorar, alabar, celebrar la fidelidad de Dios. Para ello es necesario traer a la memoria la presencia de Dios en el caminar fiel de la comunidad. El pueblo de Dios celebra a partir de sus recuerdos cercanos y lejanos. Él trae a la memoria cómo Dios se ha hecho presente por su palabra en el diario caminar. La comunidad se reúne y cada miembro aporta, participa y edifica en comunión a todos los demás. Así que la elaboración, la programación, la dirección o ejecución de dicha celebración no debería estar centrada en una sola persona.

Hoy en día las celebraciones cristianas, o lo que se llama comúnmente culto o servicio, refleja una variedad de expresiones donde no se ve con claridad qué es lo que se recuerda, y peor, parece que Dios no es el invitado de honor en la celebración. La persona creyente sale del templo si no peor, igual a como entró. El culto no da lugar a la reflexión del texto bíblico, y todo se centra en un activismo, como “gimnasia espirituosa” donde las personas salen agotadas físicamente como si hubieran salido de un gimnasio. Si repasamos el orden del culto se nota que la Biblia es reemplazada por un lenguaje pseudoevangélico con muchos «amén», «aleluya» y «gloria a Dios». Eso estaría bien si no ha sido sustitución por el estudio serio y meditado de la palabra de Dios. De hecho ya los creyentes ni llevan la Biblia al templo porque ésta ni se usa en el culto. Me acuerdo de un culto donde por más de media hora la congregación estuvo de pie cantando, repitiendo, repitiendo dos o tres coritos con una teología pobre e individualista, por no decir narcisista. Luego el pastor y líder dio el sermón. Durante el desarrollo del mismo la congregación lo animaba con los gritos de «amén» y «aleluya». El predicador constantemente repetía: «porque la palabra dice...», «y Dios nos habla...» y animaba también a la congregación con su propio «amén» y «gloria a Dios». Al final nunca supe qué texto era esa palabra, de qué memoria bíblica partió el sermón, qué recuerdo vivencial del pueblo se traía al altar de Dios, o si se quiere, cuál era el testimonio de la iglesia en el contexto de pobreza, desempleo y deshumanización donde vivían las personas. La Biblia era un adorno más en el púlpito. En palabras más cortas, esa predicación no era tal, sino una arenga alienante con vocabulario y jerga evangélica que mostraba un desconocimiento, o por lo menos falta de estudio serio del texto bíblico. Debemos tener presente que tanto los líderes en el culto como la congregación son siervos ante el Todopoderoso y que como tales están ofreciendo un servicio, una diaconía.

Fundamentalmente, la celebración cristiana es, desde cualquier ángulo que se le quiera mirar, una expresión comunitaria. Además, sin un espacio y tiempo de adoración o celebración recordatoria de la fiel compañía de Dios en nuestro peregrinaje, la iglesia no puede ser iglesia. De hecho, por medio de la celebración cúllica el pueblo creyente reafirma la presencia de Dios en su vida. Las personas retoman ánimo para ser «real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.» (1ªPe. 2:10)

La palabra de Dios a través de la historia ha servido a las iglesias como guía y marco de referencia en la celebración. Cada vez más se ve que las iglesias de hoy se han ido alejando de esta normativa bíblica dando prioridad a innovaciones sin arraigo en la palabra ni en las convicciones de la iglesia. Es decir, que lo que es novedoso y llamativo es más genuino y cierto que el estudio con rigor del texto bíblico para enriquecer el orden del culto. Parodiando el refrán «dime con quien andas, y te diré quién eres» se nos ocurre decir: «díganme cómo estudian la Biblia, y les diré cómo adoran a Dios». Que según sea el culto, así también mostramos qué central es en nuestra vida la presencia de Dios.

La celebración centrada en la palabra es un espejo, en donde nos miramos y desde donde irradiamos luz al vecindario. El estilo, la forma, el contenido de la adoración refleja cómo se vive la fe en el Dios de la vida. El lugar donde se celebra nuestro caminar con Cristo gana de por sí el lugar de señal del reino, señal que invita, que acoge, que se abre a todas las personas. En ese ámbito todos somos ese sacerdocio selecto del Señor para mediar por las situaciones injustas en nuestro contexto vital. Así la adoración es un servicio a Dios (*liturgia*) en donde se reactiva la palabra de Dios.

Nada más natural y espontáneo como lugar de encuentro que la celebración. Ésta se hace comunión (*koinoía*). Se da tiempo para encontrarnos con las personas y sentirnos con ellas más personas, más comunes. El día del Señor debe ser un tiempo en la libertad del Espíritu en donde la congregación salga de lo rutinario y pueda darle participación a otras personas en el culto con nuevos talentos. Si esto es cierto, hay espacio para las lecturas en grupo, la música, gestos como el abrazo, el levantar los brazos, los dramas, las ofrendas, los anuncios, etc.

Por supuesto, el culto debe responder al contexto social e histórico en donde está enclavada la iglesia. Debe ser un servicio (*diakonía*) contextual. Tiene que reflejar el peregrinaje, el ministerio de un pueblo creyente en medio de un contexto actual, concreto y desafiante. Los elementos del culto deben reflejar ese contexto social e histórico que vive la iglesia. En efecto, debe ser consecuente con la forma cómo se festeja a Cristo en sus victorias contra la maldad. No se debe seguir perpetuando cultos que alienan a los más deshumanizados de nuestros pueblos, recordando que la celebración cristiana no es un ejercicio egoísta de evasión, ni un acto teatral elitista.

Recordemos algo básico: la celebración es memoria, es recuerdo. El pueblo recuerda su caminar con Dios, hace historia de los hechos que como iglesia le tocan vivir, y en la celebración hace un altar, un monumento, que en griego tiene la misma raíz para memoria. El culto es mención (*mnēia*) mnemotécnica de la presencia del Señor. De esta manera se realimenta física y espiritualmente para la tarea de ser luz entre tanta tiniebla, de traer el orden de Cristo donde existe el caos injusto. Por lo tanto, en este sentido todo culto tiene que ser memorable.

Finalmente, una celebración que parte de la comprensión diligente y fiel de las Escrituras se hace diálogo. Es Dios quien nos habla. Dios nos convoca y nosotros como su pueblo levantamos en respuesta nuestro corazón a él. Si el culto es diálogo (*dialogía*) es Dios mismo que nos habla y nos sentimos incapacitados, inmerecedores de estar en su presencia. La única verdad absoluta es que Dios nos habla y, entonces, desentrañar lo que nos dice siempre tiene un grado de provisionalidad, cierto margen de espera que se prueba en la práctica obediente con las demás personas y de todos con Dios. Esto quiere decir que buscamos ese decir de Dios con una nota fina de esperanza. ¿Qué nos dice el Señor? ¿De qué manera escuchamos su voz en la celebración? Aún más, ¿hay tiempo y ambiente para oír a Dios? ¿viene Dios a nosotros con palabra «nueva»? Pensemos cómo son nuestros cultos. No hay tiempo para el silencio, para la meditación. En el programa se mete todo tipo de actividades, como si fuera una clausura de escuela. No queda tiempo para la quietud, el recogimiento, para estar «quietos» y escuchar al Señor. Muchas veces, ante la presencia santa de Dios como madre, nos sentimos como el salmista: «He calmado y aquietado mis ansias. Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre...» (Sal. 131:2). Ojalá que en ciertas celebraciones podamos

suplicar como el salmista: «¡Oh Dios, no guardes silencio...!» (Sal. 83:1). ¡Somos nosotros que no dejamos escuchar la palabra que Dios nos habla!

Después de lo dicho anteriormente surge una pregunta válida para todos los que seguimos a la palabra hecha carne que es Jesús: ¿la celebración se hace solo en comunidad? ¿qué de la experiencia con Dios a solas? Empecemos por decir que si esa experiencia, si ese encuentro personal con Dios es genuino, transformador, es de tal magnitud que desborda a la persona, ya por origen y esencia se tiene que compartir o no es experiencia sincera, verdadera y fiel. Por supuesto, hay lugar para el estudio personal de la Biblia, hay espacio para la meditación y la búsqueda de Dios en el camino de nuestro cotidiano quehacer. Pero, si es un encuentro transformador el Espíritu de Dios nos impulsa a compartirlo con la familia. Día a día somos iglesia y nos juntamos el domingo para celebrar esos encuentros de la semana. La iglesia es la asamblea de los llamados. No existen iglesias personales, individuales. Las personas que Dios ha llamado, quienes han tenido una experiencia con él desde los tiempos bíblicos tuvieron que compartirla con otras personas en la comunidad porque no pudieron callar lo que habían conocido del Dios vivo y verdadero. Cualquiera sea la causa y el motivo, toda celebración es tal porque se comparte.

Efectivamente, tampoco es fácil dar una respuesta definitiva, y no creemos que tal exista, sobre el conocer a Dios en la vida cotidiana. Reconocemos que la realidad diaria la hacemos, nos la hacen y también nos la dejan hacer en pequeños momentos, entre sombras y luces, en trochas y senderos conocidos o desconocidos, en cercanías y lejanías de Dios, en palabras y gestos, en afectos y desafectos. En un mundo de contradicciones y limitaciones la realidad es que Dios se manifiesta y se hace sentir, nos envuelve y nos acerca a su regazo. Pero también se nos aleja en su pedagogía para que descubramos que nada podemos hacer si él no va con nosotros, o como entendemos al salmista al decir: «cuando estaba en estrechez, tú me diste anchura...» (4:1)¹²

Por consiguiente, surgen otras preguntas cuando pensamos en la importancia de la experiencia personal en función del culto o la celebración comunitaria. ¿Cómo identificamos la cercanía de Dios en nuestra vida día a día? Sabemos que hemos experimentado la cercanía de Dios por nuestros frutos, por nuestra relación con otros, especialmente la familia cercana y la iglesia, y sobre todo, se prueba precisamente por la palabra de Dios que se escudriña y nos sobrecoge. Esto nos lleva a preguntas tales como: ¿de qué manera esas experiencias personales de Dios se comparten en la iglesia? ¿cómo evitar que nuestras mentes no se llenen de ideas de Dios, de conceptos teológicos, y que nuestro corazón deje de estar estéril, seco, vacío de una genuina cercanía de Dios? El culto es celebración en tanto y en cuanto quienes se reúnen son personas que viven a diario con Dios, y con ello pueden nutrir a otros y realimentarse espiritualmente para el futuro inmediato.

No está por demás reconocer que siempre hay la posibilidad de mejorar con la guía del Espíritu, y que no es extraño que seamos mal comprendidos por otros. Siempre en la historia de la iglesia ha existido gente que no ha entendido el sentido profundo de las celebraciones cristianas, o que ha tergiversado su sentido con actitudes perversas. Las celebraciones han sido motivo de burla y de persecución muchas veces, como está sucediendo actualmente a las iglesias de Irak, a los cristianos en Sudán o en algunas congregaciones en Zimbabue y Colombia. En la antigua Roma se rechazó la fe cristiana y se persiguió a hombres y mujeres fieles solo por el hecho de ser cristianos. Se decía que sus reuniones o celebraciones eran secretas, que allí comían carne humana o sacrificaban a niños, que realizaban prácticas incestuosas, y muchas otras cosas que reflejaban un desconocimiento de las celebraciones cristianas. Para griegos y romanos no cristianos, éstos eran gente supersticiosa, gentuza ignorante. Preguntémosnos ¿cuánto saben de nuestras celebraciones la gente fuera de la congregación? ¿cómo podemos explicar el contenido y lo que hacemos en nuestros cultos? ¿podremos abrirnos a una celebración para las personas que no son creyentes y que no sea solamente para captar adeptos? ¿qué dirían otras iglesias de nuestra liturgia?

Terminemos dejando un cuadro bello de cómo un cristiano describe desde Atenas a su amigo Diogneto, que no era creyente, la vida de las comunidades cristianas a mediados del siglo II.

5.1 En efecto, los cristianos no se distinguen de todas las demás personas ni por su tierra, ni por su idioma, ni por sus costumbres. 2. Pues, ellos no habitan ciudades que sean exclusivas de ellos, ni hablan una lengua peculiar o rara, ni llevan una vida diferente a las demás personas. 3. Esta forma de conducta que siguen no ha

¹² Mi traducción.

sido inventada por ellos por el talento y especulación de hombres curiosos, ni se autoproclaman, como algunos lo hacen, abogados e intelectuales de enseñanzas humanas. 4. Todo lo contrario, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le ha tocado, y adaptándose a las costumbres en el vestido, la comida y el resto de su vida ordinaria, ellos exhiben su maravillosa y sorprendente forma de vida, según otros lo atestiguan. 5. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos, y todo lo soportan como si fueran extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria; y toda patria, tierra extraña. 6. Se casan como todas las personas, engendran niños, pero no sacrifican a los recién nacidos. 7. Tienen mesa común, pero no la cama. 8. Están en sus cuerpos pero no viven según las pasiones del cuerpo. 9. Pasan sus días en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. 10. Obedecen las leyes establecidas, pero sobrepasan las leyes con sus vidas. 11. Ellos aman a todos y por todos son perseguidos. 12. Ellos son ignorados y se les condena. Son condenados a muerte y en ello se les va la vida. 13. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. 14. Son deshonorados y en esas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. 15. Se habla maldades de ellos y ellos más bien bendicen; se los injuria y responden con honor. 16. Hacen el bien y se los castiga como malhechores; cuando son castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. 17. Por los judíos se los combate como a extranjeros; y por los griegos son perseguidos y, no obstante, los mismos que los odian no son capaces de explicar la razón de ese odio.¹³

¿Diríamos que este retrato de los cristianos del siglo II es tan exacto a como vivimos hoy los cristianos nuestra fe? ¿Qué imagen se hace el mundo de nosotros hoy de la forma como usamos los textos bíblicos?

Conclusión –

Leer las Escrituras para edificación personal es animador y un primer paso. Pero nos toca ser precavidos porque muchas veces la lectura personal se convierte en pretexto de nuestros intereses egoístas, pero si hay esa voluntad de obediencia la lectura personal se vuelve transformadora. En esa transformación la Biblia nos muestra el camino de identidad al pueblo de fe, y hace que nuestros actos sean pertinentes en la salvación humanizadora de muchos. Pero, el segundo paso es entenderla y obedecerla en nuestra práctica personal y comunitaria. Si no se obedece no la hemos entendido a cabalidad. Por eso se descubre entonces que en obediencia sirviendo a las personas deshumanizadas ya en sí tenemos una clave básica de un hermenéutica bíblica contextualizada.

Nos toca ser honestos reconociendo que la Biblia no solo es interpretada, estudiada y analizada. Ella misma nos interpreta, nos cuestiona, nos reta, nos apela, repela. Ella nos desmenuza, rompe nuestros esquemas y trastorna nuestros papeles, nos penetra y nos vuelve polvo, como espada de dos filos, ante nuestras posturas infieles y desobedientes (He. 4:12).

La Biblia en sí es espiritualidad, historia, teología y literatura por lo que obedecemos al Señor que decía a los judíos «estudien las Escrituras...» Por vivir obedeciendo un texto, desde sus orígenes el pueblo de Dios ha tenido que interpretar con la guía del Espíritu lo que Dios quería. Siempre desde sus orígenes la comunidad creyente se ha movido entre lo que es una lectura literal descontextualizada y lo que es una lectura que le dé su sentido auténtico en diálogo con el mundo donde vive. Con el estudio buscamos un horizonte de sentido donde comprensión y obediencia se funden en una gran verdad que es ortopraxis. Práctica correcta en la vida, en la proclamación y en el culto. Dicha obediencia emerge de la fe en el seguimiento de Jesús y se hace práctica que humaniza. Ésta a su vez abre un abanico de posibilidades de servicio, de entrega que reafirma una interpretación contextualizada. De esta manera nuestra fe obediente se concreta en comprensión comunitaria de la palabra y en celebración verdadera como teología de acompañamiento en el quehacer cristiano.

Para terminar recordemos que palabra, fe y celebración no se pueden separar como tres entidades extrañas la una de la otra. Sin la palabra de Dios no hay fe y sin ésta, no hay celebración creyente. Sin una fe que es confianza obediente la Biblia solo es literatura, pretexto pero no el texto de Dios. Y en la celebración recordamos cómo Dios ha estado con nosotros en ese caminar fiel en medio de un contexto que cambia constantemente y se mimetiza, que es hostil, antipático y opresor. Así nos sentimos felices, bienaventurados clamando a los cuatro vientos: «¡Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!» (Sal.144:15).

¹³ *Carta a Diogneto*, Migne, Patrologia Graeca, II, mi traducción.

Bibliografía

- Alonso Schökel, Luis, *Hermenéutica de la palabra*, Madrid, Cristiandad, 1986.
- Brown, Colin, *The New International Dictionary of the New Testament Theology*, Grand Rapids, Zondervan, 1971, 4 vols.
- Carta a Diogneto*, Migne, Patrologia Graeca et Cetera Graeca, II.
- Carta de Ignacio de Antioquía a Policarpo de Esmirna*. Migne, Patrologia Graeca et Cetera Graeca, V.
- Feiner, J., et al., *Misterium Salutis: Manual de teología como historia de la salvación*, Madrid, Cristiandad, 1981, 6 vols.
- Geffré, Claude, *El cristianismo ante el riesgo de la intrepresación*, Madrid, Cristiandad, 1984.
- Jenni, E., Westermann, C., *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1978, 2 vols.
- Kirst, Nelson, *Culto cristiano: historia, teología y formas*, Quito, CLAI, 2000.
- Kreider, Eleanor, *Communion Shapes Character*, Scottdale, Herald, 1997.
- Kittel, Gerhard, *Theological Dictionary, of the New Testament*, Grand Rapids, Eerdmans, 1968, 9 vols.
- Ladd, George, *A Theology of the New Testament*, Grand Rapids, Eerdmans, 1986.
- Lyonnet, Stanislas y Cerfaux, Lucien, *La novedad del culto cristiano*, Barcelona, Centro de pastoral litúrgica, 2004.
- Martin, Ralph, *Worship in the Early Church*, Grand Rapids, Eerdmans, 1989.
- Schillebeeckx, Edward, *Interpretación de la fe*, Salamanca, Sígueme, 1973.
- Wainwright, Geoffrey and Westerfield (eds.), *The Oxford History of Christian Worship*, New York, Oxford University Press, 2006.
- White, James, *A Brief History of Christian Worship*, Nashville, Abingdon, 1993.
- Zorrilla, Hugo, *Las fiestas de Yahvé*, Buenos Aires, La aurora, 1988.
- _____y Chiquete, Daniel, *Evangelio de Juan*, Miami, Sociedades Bíblicas Unidas, 2008.